

del Evangelio sobre el candelero, de modo que pueda iluminar a todos los hombres. Es, sigue siendo, “una historia pendiente”.

Luis Sánchez Navarro – Universidad Eclesiástica San Dámaso – Jerte 10 – E-28005 Madrid

---

RENAUD, B., *L'Eucharistie, sacrement de l'Alliance* (Lire la Bible 183; Paris, Cerf 2013). 268 pp. ISBN: 978-2-204-09982-0. € 20,00

Según la traducción francesa del misal romano, durante la conmixtión el sacerdote pronuncia las siguientes palabras: “Comme cette eau se mêle au vin pour le sacrement de l’alliance, puissions-nous être unis à la divinité de celui qui a pris notre humanité”. La investigación que aquí se emprende tiene por finalidad última el esclarecimiento y la profundización de esta descripción de la eucaristía como sacramento de la alianza (8). En los cuatro relatos de la institución se conectan eucaristía y alianza; ahora bien, en el Nuevo Testamento el uso del término “alianza” es raro y muy localizado (10-11). En cambio, el Antiguo Testamento utiliza largamente esta categoría (11), sobre todo en Ex 19-24 (la alianza del Sinaí), Ex 32-34 (ruptura y renovación de la alianza) y los profetas del exilio (Jeremías, Ezequiel e Isaías), que anuncian una alianza “nueva”, “eterna” o de “paz”. Pues bien, la presente monografía intenta comprender la eucaristía a la luz de la teología de la alianza de estos textos veterotestamentarios (14).

El libro se divide en seis capítulos. El primero (titulado “‘Ceci est mon sang, le sang de l’alliance’. La tradition marcienne”, 15-42) estudia la tradición de Marcos (Mc 14,24: “Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos”). Se suele reconocer aquí un eco de las palabras que pronunció Moisés durante la conclusión de la alianza del Sinaí (Ex 24,8) (15). Así, Renaud empieza estudiando el relato de la alianza sinaítica (Ex 19,1-24,11; 16-31). En la segunda parte del capítulo (31-42) se muestra cómo, para Marcos, la historia de la alianza inaugurada en el Sinaí halla en Jesús su último cumplimiento.

El segundo capítulo (titulado “‘En rémission des péchés’. Mt 26,28; 43-58) estudia la tradición de Mateo. Al igual que su fuente (Mc 14,24), a la cual sigue a la letra, Mateo remite claramente a la alianza sinaítica; ahora bien, en las palabras sobre el caliz (Mt 26,28) añade “en remisión de los pecados”: el capítulo se consagra al estudio de esta expresión. En primer lugar estudia su uso en el Nuevo Testamento (43-46): llega a la conclusión de que en Mateo la fórmula hace referencia al pecado del becerro de oro. Por eso, en la segunda parte (46-54) se estudia Ex 32-34 (el becerro de oro y la renovación de la alianza). Por último, en la tercera parte (54-58) se muestra cómo para Mateo en la persona misma de Jesús se realiza una alianza superior a la primera (Ex 19-24) y a la segunda (Ex 34,10-28).

El tercer capítulo (titulado “Le sang de l’alliance nouvelle”; 59-113) estudia 1Co 11,25 (“Esta copa es la nueva alianza en mi sangre”) y Lc 22,20 (“Esta copa es la nueva alianza en mi sangre, que se derrama por vosotros”). Renaud se fija en el hecho de que en todo el Antiguo Testamento la expresión “nueva alianza” sólo aparece en Jr 31,31-34. Así, el capítulo empieza estudiando este oráculo (60-75) y muestra cómo para Jeremías la nueva alianza, por un lado, conecta con la sinaítica (los “partners” son los mismos; ambas reposan sobre el perdón divino; la ley es la misma) pero, por otro, la supera (mientras que la alianza de Ex 34 se escribe sobre piedras, la de Jr 31 se escribe en el corazón; en la nueva alianza los hombres conocerán al Señor sin necesidad de intermediarios; la alianza sinaítica podía romperse, mientras que la de Jr es inquebrantable). En la segunda parte (75-110) se estudia la relectura que hacen Pablo y la carta a los Hebreos del oráculo y en la tercera (110-113), la que hace Lucas.

El cuarto capítulo (115-165) se titula “La alianza eterna”. En la plegaria eucarística se dice: “Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna”. Ahora bien, el adjetivo “eterna” no aparece en ninguno de los relatos de la institución: ¿de dónde procede entonces? En el Nuevo Testamento sólo se habla de la alianza eterna en Hb 13,20. En el Antiguo la expresión es más común: la utilizan los discípulos de Jeremías, los de Ezequiel, el déuterio y el trito-Isaías (116). Renaud estudia en primer lugar el uso que hacen estos textos proféticos de dicha categoría (117-148): explica que la categoría de “alianza eterna” es una reformulación de la de “alianza nueva” (124s); muestra la relación entre las expresiones “alianza eterna” y “alianza de paz” (137). En segundo lugar (148-158) examina Hb 13,20-21 a la luz de todo ese trasfondo y muestra cómo esa alianza eterna se realiza en la persona de Jesucristo, nuevo templo.

El quinto capítulo (167-202) se titula “L’eucharistie, un repas d’alliance”. Parte de que en el Nuevo Testamento la eucaristía es presentada como alimento y banquete (170-174). Renaud plantea la siguiente hipótesis: mediante todas esas referencias conviviales, ¿no se estará apuntando al banquete de comunión con el que se concluyó la alianza sinaítica (Ex 24,1-2.9-11)? (174). El autor empieza examinando este texto del libro del Éxodo (174-179). A continuación (179-187) se contempla desde esa luz la Última Cena, que sería el banquete de comunión con el que se sella la alianza nueva, eterna y de paz que se realiza en Cristo.

Este capítulo tiene una segunda parte (187-202) bastante autónoma que examina la fórmula “haced esto en memoria mía”, utilizada por Pablo y Lucas. Empieza examinando el sentido y el alcance de la expresión “hacer memoria” en el Antiguo Testamento; se centra sobre todo en el banquete pascual. Desde este trasfondo ilustra el sentido de la fórmula “haced esto en memoria mía” en labios de Jesús (191-192). Prefiere no dedicar demasiada atención a la “vexata quaestio” de si la Última Cena fue o no un banquete pascual; en cualquier caso, considera claro que se desarrolló en una atmósfera pascual (191, 242) y desarrolla sus exégesis desde ese presupuesto.

El sexto y último capítulo (203-243) se titula “L’alliance et la Parole”. En nuestra liturgia la celebración de la palabra precede a la de la eucaristía, ya desde la antigüedad; también en la alianza sinaítica la palabra había precedido al rito. Por tanto, para estudiar cómo se articulan palabra y sacramento en nuestra liturgia, es preciso

estudiar cómo se articulan palabra y rito en Ex 19-24 (203-206). A continuación examina el motivo veterotestamentario de la palabra de Dios como alimento (206-111). Desde este trasfondo se estudia el discurso del pan de vida de Jn 6 (211-222): desde el siglo II hasta el XXI se enfrentan las interpretaciones sacramental y sapiencial del pasaje; Renaud muestra que a la luz del trasfondo veterotestamentario examinado en las páginas anteriores, ambas interpretaciones, lejos de excluirse, se integran (“Parole et eucharistie, deux faces d’un même mystère!”, 222). A continuación se estudia el motivo de la palabra en los relatos de la institución (222-241).

El capítulo de conclusiones (245-256) se titula “L’eucharistie, mystère de la foi”. Como siempre, el punto de partida de Renaud es la liturgia. En la plegaria eucarística se establece un vínculo muy estrecho entre “alianza” y “misterio de la fe”. En el canon romano se decía: “Este es el cáliz de mi sangre, alianza nueva y eterna, misterio de la fe, que será derramada por vosotros y por la multitud para la remisión de los pecados”. El misal de Pablo VI no ha conservado la inserción, pero la ha hecho objeto de una aclamación que sigue inmediatamente al relato de la institución. En cualquier caso, la liturgia testimonia una fuerte conexión entre las categorías de “alianza” y “misterio de la fe”: ¿cuál es el alcance de esa asociación? (245). En primer lugar (245-247) el autor estudia el sentido de la expresión “misterio de la fe” y concluye que el misterio de la fe se identifica con la persona misma de Jesús y con su misterio paschal (247). Ahora bien, según se ha ido viendo a lo largo de toda la obra, Cristo es también la realización de la alianza nueva, eterna y de paz. Por tanto, la relación entre la alianza y el misterio de la fe se puede explicar así: Dios tiene un designio de alianza, de comunión con el hombre; la realización del mismo acontece en una historia que empieza con la promesa hecha a Abraham, avanza con la antigua alianza y se cumple en el misterio que es Cristo mismo (247s).

El autor examina el texto tal y como nos ha llegado (cfr. 63, n. 2) y se acerca a él desde la perspectiva del análisis literario y retórico. Conoce la investigación histórico-crítica y utiliza sus resultados cuando lo estima conveniente, pero no se centra en ella. Presta una importancia moderada a la bibliografía secundaria. Los presupuestos de los que parte son sanos; destacaría la magnífica aplicación que hace del principio de la unidad de la Escritura. Las exégesis que propone son sobrias y las conclusiones a las que llega, convincentes.